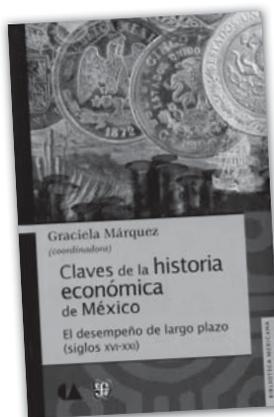


## CLAVES DE LA HISTORIA ECONÓMICA DE MÉXICO. EL DESEMPEÑO DE LARGO PLAZO (SIGLOS XVI-XXI)

Graciela Márquez (coord.), *Claves de la historia económica de México. El desempeño de largo plazo (siglos XVI-XXI)*, Colección Biblioteca Mexicana, Serie Historia, Fondo de Cultura Económica/Conaculta, México, 2014, 233 pp., ISBN: 9786075165431.



Este libro pertenece a la colección *Biblioteca Mexicana* dirigida por Enrique Florescano, quien hace más de cuarenta años hizo un balance sobre la situación de la historia económica en México. En aquel momento, Florescano expresó una percepción optimista sobre el creciente interés que despertaba la historia económica entre los especialistas de distintas formaciones, tanto mexicanos como extranjeros; a su vez, advirtió sobre su desarrollo irregular y débil arraigo en el medio académico latinoamericano; en especial, subrayó la importancia de tender puentes con otras disciplinas que facilitarían el enriquecimiento recíproco, de tal manera que la historia económica fuera concebida como indispensable para otras especialidades y mencionó algunas condiciones para lograrlo, una de éstas consistía en la elaboración de obras de síntesis.

En los últimos años se han realizado algunos esfuerzos editoriales en esa dirección, a los que ahora se suma *Claves de la historia económica de México*, donde colabora un conjunto de historiadores económicos que han contribuido al desarrollo de la historiografía económica reciente. El libro ofrece un panorama amplio sobre las preguntas que han orientado el trabajo, tanto de autores clásicos como de los nuevos investigadores, demostrando cómo se han modificado los planteamientos que fueron los dominantes, así como la prevalencia de debates en los temas donde no hay consensos referentes al conocimiento actual, pues hasta ahora sigue siendo insuficiente

o fragmentario. Por lo tanto, este libro permite tener una percepción de lo mucho que se ha transformado la historiografía económica mexicana en los últimos años en términos metodológicos, interpretativos y en el uso de instrumentos analíticos. La originalidad de la obra –que coordina Graciela Márquez– radica en que los autores proponen una selección de factores –clave– para articular una explicación introductoria del comportamiento económico de México con un enfoque de larga duración y dirigida a un universo de lectores que incluye no sólo a los especialistas, sino a todo aquel interesado en temas económicos.

El estudio de los factores que han favorecido o inhibido el crecimiento económico da cohesión a los cinco capítulos que integran la obra. Conviene detenerse en los resultados contrastantes que fueron analizados en referencia a los periodos reconocidos por el buen desempeño de los principales indicadores: la Colonia tardía, el Porfiriato y el llamado “Milagro mexicano”. Los autores construyeron argumentos que detonan las luces y sombras que caracterizaron a estos procesos. El siglo XVIII descubre las contradicciones de un crecimiento económico liderado por la minería debido a la demanda mundial del peso de plata mexicano, aunque con rendimientos decrecientes que no deben perderse de vista para comprender el comportamiento de esa industria en el largo plazo. No obstante, amplios sectores sociales se vincularon con debilidad a la mercantilización detonada por la minería al permanecer en mercados de subsistencia y por el control oligopólico de los flujos monetarios, razón que contribuyó a que la expansión económica tuviera pobres efectos distributivos. Adicionalmente, la exacción fiscal por parte del gobierno del virreinato significó una salida de riqueza que incidió en el comportamiento económico a largo plazo, en esto radicaba el “verdadero precio fiscal de ser colonia”, dice Carlos Marichal.

Por otro lado, el Porfiriato se identificó por el amplio proceso de modernización en el entorno institucional que Aurora Gómez califica como “más predecible y favorable a la inversión”; de esta manera posibilitó la disminución de los costos de transacción y un aumento del ahorro social. A pesar de todo, la agenda modernizadora fue parcial, un hecho que se evidenció en la hacienda pública cuyas bases fiscales se modificaron con el abandono de la anticuada alcabala y la creación del impuesto del timbre, pero que continuó sujeta a los impuestos al comercio exterior y a una baja

recaudación en proporción al ingreso nacional, lo que generó un terreno firme a las posibilidades para satisfacer la creciente demanda por servicios públicos. En este sentido, las conclusiones sobre el “Milagro mexicano” de Graciela Márquez y Sergio Silva Castañeda exhiben claroscuros pues, el proyecto industrializador impulsado en aquellos años satisfizo muchas necesidades y demandas del mercado interno y tuvo logros tangibles registrados en los principales indicadores económicos, incluyendo los asociados con la distribución de la riqueza, mientras que la persistencia de un conjunto de limitantes iniciales, como el insuficiente flujo de divisas en perjuicio de la balanza de pagos, lo hicieron insostenible en el largo plazo.

La no linealidad mostrada en estos procesos exigen precisión y una mirada sensible para capturar la complejidad del cambio histórico, aún más si la información cuantitativa es escasa y no expresa una tendencia contundente; o bien, en coyunturas en que la polarización política e ideológica se agudizan. Las trayectorias de la economía mexicana durante gran parte del siglo XIX y durante la Revolución mexicana han impuesto esta clase de retos para la historiografía, y así quedan de manifiesto en el libro. Luis Jáuregui explica que de la “atonía económica generalizada”, como se caracterizaba al periodo de 1821 a 1870, se ha transitado hacia la construcción de nuevos argumentos para proponer periodizaciones inspiradas en información cualitativa y cuantitativa del comportamiento de regiones, actividades y unidades productivas específicas. Aunque la precariedad de los agregados macroeconómicos disponibles introduce incertidumbre en el análisis, resulta claro que la respuesta tradicional no es satisfactoria. Por ello, este documento plantea una discusión en proceso que redefine la trayectoria económica, cuyas líneas generales dibujan un periodo de lento y accidentado crecimiento posterior a la Independencia, el cual se estancó durante la década de 1850, condición que se prolongó hacia finales de los años sesenta cuando despuntó un periodo de modernidad y expansión económica.

Otra de las recurrentes discusiones historiográficas gira en torno de los efectos económicos de la Revolución mexicana, alimentada por la adhesión de nuevas preguntas que surgieron a través de la observación del curso seguido por el régimen naciente del movimiento revolucionario, el uso de nuevas fuentes y la construcción de series económicas, así como por la renovación de los enfoques teóricos y metodológicos. En el libro se aborda

el tema distinguiendo los efectos económicos de corto y largo plazo, así como el impacto diferenciado por regiones y actividad económica, además de la imbricación de los fenómenos internacionales –como el aumento del precio de en productos de exportación, hecho que detonó la Primera Guerra Mundial–. En el largo plazo, el comportamiento del mercado estuvo constreñido por una considerable reducción demográfica, el retraimiento del ferrocarril como factor de articulación de los flujos internos, un daño devastador sobre el sistema bancario con efectos duraderos en la confianza del público y la concentración del comercio con Estados Unidos. Pero, principalmente –afirma Aurora Gómez– la revolución significó una transformación en la relación capital-trabajo asociado con el debilitamiento de los grupos sociales que habían sido dominantes –terratenientes, banqueros e inversionistas extranjeros– mientras que se fortalecieron grupos sociales heterogéneos como los obreros, comuneros y rancheros habitantes de los pueblos, al igual que la clase media tanto agrícola como urbana. Al mismo tiempo, se advierte la continuidad del liderazgo económico ejercido por el sector exportador, lo que ha obligado a que los historiadores presten mayor atención al ciclo de globalización y desglobalización para fijar cortes históricos de mayor fuerza explicativa. De esta forma, la gran depresión de 1929 implicó una transformación del modelo exportador anterior que reorientó el motor del crecimiento hacia el mercado interno, además abrió el camino hacia la implementación de una política macroeconómica de corte heterodoxo.

Otra clave que proporciona unidad al libro para el estudio del desempeño de largo plazo, radica en los alcances y límites en la construcción de un mercado nacional. Durante el Virreinato la circulación regional de monedas de distintas formas de formas fraccionaron la demanda, de tal forma que, solamente algunos productos como las telas, el tabaco o las manufacturas, que se pagaban en plata, tuvieron una circulación mercantil nacional, aunque acotada por los costos del transporte y la subdivisión territorial en suelos alcabalatorios. Sin embargo, el registro de circuitos comerciales de larga distancia que ofrece la documentación fiscal, prueban la existencia de una demanda interna propia de un gran mercado colonial.

A partir de la Independencia, la guerra y la inestabilidad política hicieron que muchas familias –inclusive comunidades enteras– optaran por el

autoconsumo, aunque Luis Jáuregui nos recuerda que esta decisión no era absoluta, pues es posible que tuvieran incursiones en el mercado mediante su asistencia a tianguis o ferias regionales. De cualquier forma, lo anterior exhibe un mercado débil, limitado por los bajos salarios y muy vulnerable a contingencias económicas.

La historiografía ha puesto énfasis en los obstáculos institucionales que frenaban la ampliación del mercado, por ello, las alcabalas es uno de los temas con mayor alusión e importancia, pues revela cómo existen acuerdos sociales que pueden perdurar a pesar de sus claros perjuicios económicos. Al respecto, Luis Jáuregui asegura que desde 1821 hasta 1870 se gestó “una idea somera con respecto a que México debía modificar su herencia colonial”, pero el cambio medular ocurrió durante el Porfiriato cuando “por primera vez”, menciona Aurora Gómez, se constituyó un mercado nacional. El desarrollo de los ferrocarriles, las rutas costeras de embarcaciones de vapor y la abolición de las alcabalas explican la novedad.

La complejidad del cambio institucional y sus efectos en el comportamiento del mercado son expuestos en el análisis de Graciela Márquez y Sergio Silva Castañeda sobre la negativa para llevar a cabo una reforma fiscal profunda durante las décadas de 1950 y 1960, que contrarrestaría las debilidades estructurales de la hacienda pública, en lo que coincidían numerosos especialistas. Los arreglos sociales y políticos prevaletentes inhibieron tal reforma con consecuencias mayúsculas para el desempeño del mercado, entre otras razones, por la creciente regresividad del sistema fiscal que profundizó la inequitativa distribución del ingreso y debilitó la demanda. En el capítulo final la disminución de la desigualdad, retomada por Graciela Márquez, en la actualidad es uno de los principales desafíos para el fortalecimiento del mercado interno; en el libro queda claro que tal problemática no admite un enfoque único para su comprensión y remarca la importancia del análisis multidisciplinario, como sostiene Carlos Marichal en relación con la complementariedad entre la historia económica y la historia social, un esfuerzo que se percibe en la narrativa general de la obra.

¿Nos encontramos más cerca de que se concreten las propuestas que hacía Enrique Florescano hace más de cuarenta años sobre el papel de la historia económica en la construcción del conocimiento? Sin duda sí, y la presente publicación es la prueba de esta construcción; *Claves de la historia*

*económica de México*, hace patente el enriquecimiento de la historiografía en México desde la historia económica. Sin embargo, la realidad es dispareja y los retos todavía son enormes. Existen barreras que entorpecen el diálogo creativo entre las especialidades, por ejemplo, en la actualidad existen programas educativos de historia y otras ciencias sociales o humanísticas en los que la historia económica no figura. Asimismo, en muchos programas de economía, la historia económica ocupa un lugar secundario –tanto en México como en otros países– con resultados negativos en el perfil de los egresados, sobre todo por la pérdida de medios que les permitirían plantear problemas y formular soluciones más integrales. En contraste, hoy tenemos mejores herramientas para la enseñanza, entre las cuales estoy seguro que este libro ocupará un lugar prominente, que nos permitirá examinar y discutir, con una combinación muy afortunada de rigor y claridad, la historia de México en clave económica.

Óscar Sánchez Rangel  
Universidad de Guanajuato